





La Página Literaria por Gerardo Molero

Narradores de Chile

Miguel Reyes Suárez



Miguel Reyes Suárez, Profesor, Licenciado en Educación, Cuarenta y siete años, novelista y poeta. Tiene tres libros publicados anteriormente: "Piel", 1995; "Estratos Varados", 1998; "Piel", 1997. Ha dirigido el elenco de la Sociedad de Escritores de Chile.

De la actual y más notable pléyade de narradores chilenos, Miguel Reyes Suárez reúne treinta y cinco cuentos de "La Zona Peligrosa", Editorial Pobeta, Santiago de Chile, 2003. Reyes Suárez enfrenta con éxito su compromiso literario y es capaz de manejar su genio creador en los más variados ámbitos del quehacer cotidiano y de la naturaleza humana dice el prólogo de Carlos René Iturbache, quien también señala: "El nombre del libro 'La Zona Peligrosa' es el título de sus cuentos. Aquí los límites cotidianos se abren al mundo en que nos movemos, pero también se abren al mundo de una realidad que se acerca al drama".

Conociendo de su oficio, sabe muy bien que una similitud situacional, sentimental, una escena trágica, un incidente, un momento cualquiera del devenir cotidiano, entre otros posibles motivos, poseen elementos de sobra para resolverlos en ellos un cuento. Así, sabe entrar de lleno en el desarrollo o acción del relato, sin el plano narracional o sorprendernos con un final inesperado. "Calles y Tesoro" ejemplifica, magníficamente, este aspecto de su estilo. Destacado, sencillez, coherencia, sencillez, conocimiento del alma y la idiosincrasia humanas, variedad temática, finales sorprendentes son, pues, algunos de los rasgos que singularizan su creación.

Compartimos con nuestros lectores:

Calles

¿Te has fijado en que todos los autos se parecen? Yo no sé si distinguir un modelo de otro - dijo ella.

- Y eso ¿qué? También las mujeres tratan de parecerse unas a otras. Se ven igual, se parecen igual - replicó él.

Continuaron en silencio durante largo rato. Él, preocupado de conducir, ella, de observar el paisaje.

- ¿Hijos o hijas - leyó la mujer, mirando por la ventanilla.

- ¿Qué? - preguntó él, sin volverse.

- Nada - replicó ella, y agregó: - me parece que hay un sugo en el aire en el edificio del doctor italiano. ¿Estaba por aquí, no?

- No. Estaba en la calle Lira.

- ¿Y por qué calle vamos, entonces?

- Si, vamos por Lira - reconoció él.

A la luz roja del semáforo los hizo detenerse en Diagonal Paraguay.

- ¿Desde cuándo se llama Rancagua esta calle? dijo ella, mirando hacia su derecha.

- No sé, pero tenemos solo diez minutos para llegar y todavía estamos perdidos aquí.

Cambio la luz y enfilaron raudos por el paso bajo nivel. Se detuvieron un momento en la esquina de Merced y doblaron a la derecha.

- Te fuiste a mitad de cuadro, compras el bien y me esperas mientras doy vuelta a la manzana. Dijo todo esto al tiempo que descoloraba hasta el fondo.

- La mujer se desabrochó el cinturón y descendió.

- No te olvides pagar los impuestos - alcanzó a decirle antes de cerrar la puerta.

El continuo rojo hasta Estados Unidos. Pese a salir a la A-100, pero al llegar a Buenos Aires dobló a la derecha por detrás del Dago Portales. Activó la presencia de los policías y llegó lentamente.

te a Lastarria, avanzó unos metros por esta vía y dobló a la izquierda por Rosal. Llegó nuevamente a Victoria Subercaseaux. "Me apuro demasiado", pensó, "tendré que dar una vuelta más". Siguió otra vez por Merced, y cuando ya le parecía que tendría que pasar de largo, la vía. La falta de luz con el coche en la mano.

- ¡Rápido, que está prohibido detenerse aquí - dijo él.

- Me fue bien - dijo ella, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Al llegar a Paulino Alfonso vieron en U a la izquierda, hacia Santo Domingo.

- No se debe hacer esto - dijo él, pero estamos apurados.

Ella continuaba enfadada con el conductor. Le quedaba demasiado apretado. Sólo la había visto. No fue suficiente. Miró la columna de asfalto y lo corrigió un espacio hacia atrás. En esos instantes llegaron a Miguel de la Barra. La luz verde los abrió paso para doblar a la izquierda y seguir por Santa Lucía hasta el paso bajo nivel. Una aplicación del polvoriento vehículo los permitió adelantar al resto de la fila. Tomaron la pista de la derecha y enfilaron por Carmen hasta Curicó. Doblaron a la derecha.

- ¿Hacia dónde vamos? - preguntó ella.

- A la consulta en la avenida Suñes - continuó con educación y mirando de soslayo.

La mujer tembló un momento.

- ¿Y usted quién es?

La pregunta ambos sonó al mismo tiempo.

Cuando media hora más tarde consiguieron zafarse del enredo del tránsito de la calle Mac Iver y llegar nuevamente a Merced con Miguel de la Barra, aún no encontraban una explicación lógica que les satisficiera a sus respectivos compañeros.

Miguel Reyes Suárez

Tesoro

Mercedes recoge los platos y los platos a fregar. Se moja la cara en el chorro de la llave para sacudirse la moderna que habitualmente le provocan los minutos que suceden al almuerzo. La guita tenderse un rato en la cama, pero mira a su alrededor y se da cuenta que tiene que hacer, que debe, con un suspiro, doblarse a lo que su

organismo le pide con urgencia: un descanso.

Agita el agua mezclada con el detergente hasta formar abundante espuma y comienza a fregar platos, cucharas, ollas.

Sus hijos mayores han salido a comprar por la vecindad con sus amigos y no volverán hasta entrada la noche. A su espalda, semiacostado en un sofá extendido en un rincón de la pequeña estancia, Antonio duerme a plomo sueta. A su lado yace la botella cuyo contenido ingirió antes de dormirse. Mientras varias moscas hueman en el gollete del frasco y en la cornisa de los techos del dormitorio.

El lugar es cálido, Antonio transpira profusamente. Mercedes, sin embargo, lo mira con ojos fríos. Ya quisiera ella poder desentenderse de mundo que le rodea y holgazinear durante una fracción del tiempo que le dedica Antonio a tal momento. Con un gesto de torpidez, a pesar de todo, se inclina sobre él, espanta las moscas que lo acosan y le obliga el sudor que se amaga en su frente.

El alero los coge un momento, cuando a tiempo coordinar el pensamiento con la acción; luego, se vuelve hacia la pared y continúa durmiendo.

La mujer termina de lavar los utensilios y comienza a socar con meticulosidad una especie. Una de las ollas resalta de sus manos y cae con gran estruendo. Antonio se levanta y mira a la mujer con los ojos aún vidriosos por el sueño. Se los rostra con furia. Maquinalmente, recoge la botella y se la lleva a la boca. Al comprobar que está vacía, la arroja con desgano.

- ¿Cómo durmiste, tesoro? - pregunta la mujer, con dulzura.

Antonio massala algo ininteligible y sale al patio, tambaleándose. Se detiene a pocos metros de la puerta. De pronto se baja los pantalones y orina largamente, impudicamente. Un par de muchachos que pasan un instante por la calle lo miran y se ríen. Él los ignora, preocupado como está de volver su vejiga.

Acaso seguro, se sabe los pantalones y se los sujeta con ambas manos a la cintura. Oscilando en un balanceo orgánico sobre sus piernas que lo hacen tambalearse en forma continua. Pese a estar caído, las mantiene

entrecabelladas.

Absorto, contempla el charco que forma las orinas en el suelo roñoso y que ya comienza a escurrirse en distintas direcciones, por el desnivel del terreno, no obstante, el grueso líquido toma un curso definido. Antonio da unos pasos vacilantes y se detiene a observar los dos ojos amarillos de la excrementicia, sustancia hasta que ésta es absorbida por completo hacia el subsuelo o evaporada por el fuerte sol de diciembre.

Mercedes, que se ha dado cuenta un poco tarde de la acción de Antonio,

echa a correr al lugar orinado y barre. Luego, le ayuda a levantarse y lo conduce hasta una silla bajo el alero. Sólo por rutina, le repulsa su actitud. Él la mira y murmura algo entre dientes. Con sus tres años de vida, le cuesta aún expresar sus cosas con claridad.

Miguel Reyes Suárez

Corintios

Tenía el firme propósito de escribir una larga carta a los corintios. Sin embargo, cuando lo comenzó a escribir, cuando me acordé de que ya lo había hecho un día llamado Pablo.

Miguel Reyes Suárez



Anécdotas de Ventura E. Toja

Carnavales eran los de antes

Es la multitud que usamos los elementos nostálgicos para evocar aquel pasado.

Carnavales de tres días en la plaza, con el inocente grito de canto con cantos alegóricos, llenos de mareas, chicos disfrazados y el pueblo en las aceras en torno a la plaza, pero no poder doble y en alguna medida ser partícipes de la fiesta.

Claro, entonces cuando los tres primeros días - domingo, lunes y martes - y los siguientes dos domingos, es decir que se prolongaba por unos 15 días.

El eterno girar del conito, precedido por figuras populares como por ejemplo podía ser "Cochinita", "El Puma Fino", "El Quesado Pico" o "El Mono Pedro", figuras pintorescas - "señoras", que solían poner su pica en alegría o en fiesta popular.

Esto transcurre en los primeros meses del año. Después, a los 9, ya la plaza estaba era la que cerraba la atención.

No estaba el momento. En su lugar se erigía un tablado, desde el cual la banda que dirigía Don Víctor amenizaba la reunión bañada.

El baile era algo muy particular. Las chicas que se prestaban de ser "de familia", no participaban, porque en él se mezclaba alguna bebida alcohólica, como decían los muchachos del bajo en aquellos tiempos.

Los papalotes y serpentinas ponían el toque místico a la fiesta, y después de la noche bailaban a jugar los niños perfumados, que muchas veces no tenían perfume, sino que ya vacíos habían sido rociados hasta darles nuevamente actividad.

Eso era lo que tenía que ver con la plaza en el y el festival central de Momo, pero por 15 días eso se prolongaba en los tablados de barrio: de la Calle Ancha con "Chiquito" de animador, y el del Barrio Alegre en la esquina del restaurante de Moma. Ahí era donde tenían lugar los festejos, luego que se había cerrado el Carnaval de la plaza.

Destile de comparsas y de murgas, cancheros nacionales y también la realización de juegos populares que tenían gran aceptación: el paño enjabonado, los pichas y las carreras de embudo.

Todo una fiesta de alegría.

Estamos una vez con el pie puesto en la arena de un nuevo Carnaval. Hoy no es lo mismo. Hoy simplemente se reduce a un desfile en la noche previa, con la presencia de una Reina en lugar de los clásicos Marqués de las Cabañas.

La gente igual acompaña, en alguna medida se sigue aferrado a un pasado que inexorablemente se nos va muriendo.

Narradores de Chile [artículo] Gerardo Molina.

Libros y documentos

AUTORÍA

Molina, Gerardo, 1906-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Narradores de Chile [artículo] Gerardo Molina. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile